

PLATICA DEL RDO. P. VICTORINO RODRIGUEZ O. P. EN EL ACTO LITURGICO DE CLAUSURA

Amados congresistas:

Llegó el momento de la acción de gracias, ante el Santísimo, y bajo la mirada complacida de la Virgen Inmaculada, por la XIX Reunión de amigos de la Ciudad Católica.

Damos gracias a Dios por los raudales de verdad impartida con convicción y generosidad y recibida con gozo del espíritu.

Damos gracias a Dios por el ambiente de amistad —no en vano nos denominamos «Reunión de amigos»—, de cálida amistad durante estos días. Los unánimes y prolongados aplausos de las intervenciones pienso que eran no sólo aceptación de lo que se decía y de cómo se decía, sino también de quienes lo decían.

Damos gracias a Dios por el buen número y excelente calidad de las intervenciones femeninas en esta XIX Reunión, que quiero ofrecer hoy como homenaje a la Virgen Inmaculada, la mejor de las mujeres.

Damos gracias a Dios porque nuestra Reunión ha sido un ejercicio auténtico de subsidiariedad en el sentido genuino que tiene en la encíclica Quadregésimo anno (n. 80) y documentos pontificios posteriores: de subsistencia personal, familiar, profesional..., autónomas, dentro de la solidaridad o integración orgánica del cuerpo social y del cuerpo místico (del que habla San Pablo en el cap. 12 de I Cor.); de cooperación ordenada para el bien común del todo y de subvención supletiva para el bien de las partes. Ni el totalitarismo absorbente ni la coadunación inorgánica salvan la naturaleza de la sociedad ni son imitación del gobierno providente de Dios, que promueve intrínsecamente la acción libre del hombre sin destruirla.

Damos gracias a Dios, porque justamente estos días la encíclica Dives in misericordia nos ha hecho pensar que el mero orden externo y material de la justicia no basta para asegurar la convivencia perfecta en la paz; que hace falta el amor, imitación o participación del amor misericordioso de Dios, en el que se complacía La Llena de Gracia: «et misericordia eius a progente in progenies timentibus eum».

Damos gracias a Dios, porque el cuerpo cultural intermedio que es la Ciudad Católica, que más que una simiente —Speiro— o grano

XIX REUNION DE LOS AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA

de mostaza (alegoría recordada estos días), es un arbusto en que pueden habitar las aves del cielo, gusta en mirar a Cristo como Maestro Bueno y Buen Pastor, sin ceder en absoluto a la tentación de la desacralización del Derecho y de la sociedad. Porque, según nos acaba de decir Juan Pablo II en la reciente encíclica (n. 12), «existe la desacralización que a veces se transforma en deshumanización».

Damos gracias a Dios por los muchos signos de auténtico pensar y sentir en católico durante la reunión. Quiero recordar uno de esta mañana. Ante la propuesta de promover una solicitud de referéndum de cara a la ley de divorcio, lo primero que se quiso dejar claro fue que la indisolubilidad del vínculo no es materia de votación. Pues bien, el Papa, al final del número 12 de la reciente encíclica, habla de unos valores indiscutibles, no sólo en la moral cristiana, sino en toda moral simplemente humana, entre ellos el matrimonio en su unidad indisoluble. Se trata de un valor indiscutible, que no puede depender de una votación.

Para que Dios, por mediación de la Inmaculada, nos conceda poder seguir reuniéndonos los años sucesivos, y premie los esfuerzos de los organizadores de estos encuentros, roguemos al Señor.

Te lo pedimos, Señor.